

Las artes y oficios se ejercían por operarios hábiles: la policía y el ornato en las poblaciones eran sorprendentes.

Los mexicanos conocían la división del tiempo con arreglo al año solar, y tenían meses, semanas y días como la mayor parte de los pueblos del Asia.

En una palabra: nada faltaba en aquel vasto imperio para satisfacer los caprichos de la comodidad y del lujo.

Todo auguraba, pues, una completa y pronta destrucción á los audaces españoles que se aprestaban á poner la planta en una nación tan formidable con el designio de conquistarla.

¿Y qué pasó?

Esto es lo que vamos á narrar con todo el colorido dramático, con todas las inesperadas peripecias que hacen de la conquista de México la historia más interesante de cuantas se refieren á los descubrimientos de América.

## PRIMERA PARTE

### LA FORTUNA.

#### CAPITULO I.

##### *Embarque en la Habana de las tropas de Hernan Cortés.*



El día 10 de Febrero del año 1519 había gran movimiento y animación en el puerto de la Habana.

En la hermosa bahía se hallaban aprestados para darse á la vela once bajeles, y en la orilla se había colocado un altar para que un sacerdote celebrase el sacrificio de la misa ante la inmensa muchedumbre, compuesta de los bizarros soldados que se disponían á partir á las órdenes de Hernan Cortés, y de los curiosos que asistían á despedirlos, entre los que se hallaban multitud de damas y caballeros, y un crecido número de indios.

Las lanchas conducían á bordo de los buques el cargamento con las provisiones.

Los soldados, mezclados en los grupos de la muchedumbre, se despedían de los amigos, referían sus esperanzas, y eran, por decirlo así, los héroes de la fiesta.

Los ancianos, muchos de ellos compañeros del inmortal Colon desde el descubrimiento del Nuevo Mundo, envidiaban á los jóvenes por la gloria que les esperaba, ó con la sensatez de la experiencia censuraban el arrojo de su caudillo.

El jefe de la escuadra había pasado la noche anterior en el pa-

lacio del gobernador de la ciudad, Pedro de Barba, y como más adelante verá el lector, le había dado éste tantas muestras de afecto, que no quería separarse de él hasta el último instante.

A la puerta del palacio le esperaba su escolta y un tercio de soldados con el estandarte, en el que había colocado la famosa inscripción:

"IN HOC SIGNO VINCES."

Uno de sus pajes debía avisarle en el instante en que el sacerdote se dirigiera á la playa.

En aquel momento saldría con el gobernador de palacio, y se encaminaría con el acompañamiento á presidir aquella solemnidad religiosa.

Entre tanto, se oían animadas conversaciones en los grupos, y no estará demas que el lector sepa lo que pensaban los españoles que en aquellos momentos asistían al comienzo de una de las más grandes epopeyas del mundo.

—Yo creo, decía uno, que es una locura la empresa que vais á acometer.

—Cuando Grijalva, que es un valiente, no ha podido llevar á cabo este propósito, ¿qué hará Cortés, que al fin y al cabo no es más que un soldado á quien la fortuna se ha mostrado propicia?

—Cuentan que es muy audaz.

—Y muy valiente.

—Pero es joven, apenas ha viajado, y no es lo mismo seguir un derrotero conocido, que entregarse á las olas para ir en busca de soñadas conquistas.

—Hay quien cuenta que tuvo una entrevista con Colon algunos días antes de morir, y que le confió muchos secretos importantes.

—Nada podría decirle del Yucatan. Aquel famoso visionario estuvo cerca, pero lo despreció.

—Eso sucede siempre.

—Lo extraño es que Velazquez se haya resuelto á confiar el mando de la escuadra á un hombre tan joven y tan poco experimentado.

—He oído decir que debe su fortuna á la influencia de Andrés de Duero, el secretario de Velazquez, y á la de Amador de Lariz, contador del rey, que es el que más le ha favorecido.

—Yo desconfío del éxito de la empresa.

—Pues yo lo que siento es que la ceguedad del gobernador de Cuba sea causa de que se pierdan once de los mejores navíos de cuantos han surcado el Océano, y los infelices soldados que van á embarcarse.

En otro grupo de personas mejor informadas:

—Digan lo que quieran, exclamó uno, no se puede negar á Hernan Cortés energía de carácter, audacia, valor, y al mismo tiempo sangre fría.

—Y qué actividad, qué seguridad en sus juicios, qué decisión en sus resoluciones.

—Si no hubiera sido por eso, no estaría á punto de embarcarse.

—He oído decir que envió Velazquez órdenes á Pedro de Barba para que le prendiese.

—Tenedlo por seguro.

—Y órdenes terminantes.

—No me explico cómo no las ha cumplido.

—Porque Pedro de Barba es un hombre de corazón, que ha comprendido desde luego que Hernan Cortés es el único hombre capaz de llevar á cabo la empresa que tantas veces han intentado otros. Los dos se han entendido, y en vez de ser adversarios, son hoy amigos de corazón.

—¡Qué deferencias le ha guardado!

—En los pocos días que ha permanecido aquí, no se ha separado de él un instante. Ha contribuido á completar el número de los soldados que necesita; le ha ayudado con su consejo á organizar las compañías, á confiar á cada cual la misión que mejor pueda cumplir.....

—De cualquier modo, me parece arriesgada la empresa.

—¿Qué gente lleva?

—Muy poca para ir á conquistar un país desconocido.

—Algunos otros han intentado explorarle ántes que él, y dicen que es difícil apoderarse de aquellas gentes.

—Pues Cortés lleva, segun he oido decir, seiscientos diez y siete infantes y diez y seis jinetes.

—Item más, diez piezas de campaña.

—De todos modos, los soldados son pocos y están muy mal armados.

—Un capitán me ha dicho que sus armas de fuego se reducen á cuatro falconetes, treinta y dos arcabuces y trece mosquetes.

—Y los demas ¿qué llevan?

—Picas y espadas.

—Pero les sobra corazon, y yo no dudo que triunfarán.

En otro grupo, en que la gente del pueblo hablaba con los militares, puede el lector, oyendo á éstos, saber qué idea habian formado de los enemigos á quienes iban á combatir.

—No nos asustan, decia un sargento de colosal estatura y atléticas formas; todo cuanto nos cuentan los que han estado allí con Grijalva, es patraña. ¿Serán aquellos indios por ventura más formidables que éstos?

—¿Qué han de ser!

—Y aunque fueran, cada uno de nosotros vale por diez de ellos.

—En cuanto vean llegar seiscientos hombres con armas y con bríos, dejarán abandonadas sus miserables chozas; huirán á las montañas, ó vendrán á implorar nuestra piedad de rodillas.

—¡Harto sabemos los puntos que calza el valor de los indios!

—¡Un solo jinete hace correr á un ejército entero!

—Y luego, como están desnudos, como no tienen armas defensivas....

—No hay que hablar; tenemos gran ventaja sobre ellos.

Para formar una idea del aspecto que presentaba la playa, figúrese el lector en otro grupo á muchos esclavos despidiéndose con lágrimas en los ojos de los que á todas horas los apaleaban en calidad de amos; á algunas de las pocas mujeres que habia á su lado, despidiéndose de sus amantes ó de sus esposos; á los

soldados fanfarrones prometiéndole á sus amadas collares hechos con cabezas de indios; á los ancianos, ó querellándose de su edad, ó lamentándose de la obcecación del caudillo de aquellas fuerzas.

Todas las conversaciones cesaron de pronto ante una voz que circuló con rapidez eléctrica.

—¡Hernán Cortés, Hernán Cortés! repitieron en todos los grupos.

Casi al mismo tiempo se acercaba al altar un sacerdote, y dos soldados le acompañaban para ayudar la misa.

Los treinta y dos arcabuceros formaron en dos filas en torno del altar, la muchedumbre abrió paso, y Hernán Cortés, que con la frente erguida, el ademán arrogante, el paso reposado y firme, la donosura y la esperanza en los labios, la ambición y la gloria en la mirada, y la gentileza y gallardía en todo él, avanzó hácia donde estaba el altar, acompañado de Pedro de Barba, de algunos otros altos personajes de la colonia, seguidos de no pocas damas, de escuderos, de arcabuceros de todas clases, en torno de los cuales se agrupó el público, reinando un gran silencio y doblando todos la rodilla al acercarse al altar el sacerdote.

¡Sublime momento aquél en que un puñado de hombres, á las órdenes de un aventurero, ántes de emprender aquel largo, difícil y problemático viaje, recordando que eran cristianos, se postraban de hinojos y pedían á Dios que les diese fuerzas, valor é inteligencia para llevar á las apartadas regiones en donde se proponían poner la planta, la luz del Evangelio y la dominación de los reyes de España!

El cielo estaba despejado.

La brisa movía suavemente las ramas de las altas palmeras, y de cuando en cuando los bellísimos pájaros del trópico cruzaban á bandadas, aumentando con sus cánticos y su espléndido plumaje los bellísimos detalles de aquel grandioso cuadro.

Terminada la misa, los clarines anunciaron que habia llegado la hora de partir.

La muchedumbre se distribuyó á los dos lados de la orilla, que separaban el sitio designado para el embarque de las tro-

pas, y todos los soldados, guiados por sus jefes, fueron embarcándose en lanchas y distribuyéndose en los buques.

La operacion duró cerca de media hora.

El caudillo presenció el embarque al lado del gobernador y de los personajes más notables de la colonia.

Las lanchas del navío almirante se acercaron á la orilla para conducirle á bordo.

—Jamás olvidaré, dijo Cortés al gobernador, las pruebas de adhesion y de afecto que me habeis dado. No se cuál es la suerte que la Providencia me depara: valor me sobra, y resignacion para sufrir tambien. Pedid á Dios que vuelva victorioso, ó que no vuelva nunca.

Pedro de Barba le tendió los brazos.

Al embarcarse resonaron grandes aclamaciones.

Todas las miradas se fijaron en el endeble barco que conducia al caudillo.

Poco despues resonó el cañonazo de leva.

Los buques comenzaron á hacer las evoluciones, y el sacerdote, desde la orilla, bendijo por última vez aquellas naves, que iban á difundir la luz del Evangelio en países donde reinaban las tinieblas de la idolatría.

Las naves partieron, y hasta que las perdió de vista, no se retiró la muchedumbre de la playa.

Poco á poco fueron desbaratándose los grupos, y una hora despues reinaba en la Habana una profunda tristeza.

—¡No volverán!

Esta era la frase que se oia en todos los labios.

¿Tenian motivos para creerlo así?

## CAPITULO II.

Donde se ve cómo se empezó á sospechar la existencia de México.



La fe que animaba á los soldados de Hernan Cortés contrastaba singularmente con el temor que se habia apoderado de los ánimos, no solo en la Habana sino en toda la isla de Cuba.

No era una misma causa la que inspiraba aquel recelo, la que hacia mirar con pena la partida de aquellos buques.

Unos temian que el escaso número de soldados que llevaba Hernan Cortés diese por resultado una derrota.

Otros, los más, solo consideraban la esterilidad de la empresa, y veian con dolor que aquellos hombres no iban á perecer luchando con los habitantes de un país á quienes se proponian arrebatár su independenciam, sino luchando con las tempestades en medio del Océano, con la falta de víveres en las llanuras que iban á recorrer, con las enfermedades, con el desaliento.

Y como en aquellos tiempos apenas estaban pobladas las regiones conquistadas por los españoles, tenian naturalmente que condolerse de la partida de aquellos hombres, cuya vuelta no podian atreverse á esperar.

Para que el lector comprenda bien los verdaderos motivos de estas civilizaciones, es necesario que se haga cargo de cuál era el pensamiento y la actitud de los moradores europeos del Nuevo Mundo.

El inmortal Colon, impulsado por la inspiracion del génio, por el estímulo de la observacion y del estudio de la ciencia, creyendo hallar un derrotero para un país conocido de oidas, descubrió en medio de las soledades del Océano, primero la hermosa y fértil isla de Haiti, á la que dió el nombre de la *Es-*